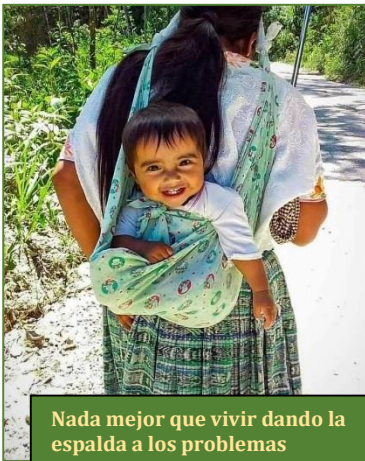


Hoja informativa nº 103 • diciembre 2020
De la obra solidaria que Fratista (Escuela Bíblica de Madrid)
realiza en Tamahú, Guatemala

¡Y llegó el huracán!

Fátima Guzmán

Desde nuestra infancia no hemos cesado de escuchar que las desgracias jamás vienen solas. La sabiduría de este refrán se ha dejado sentir con crudeza en el departamento guatemalteco (Alta Verapaz) donde Fratista mantiene su obra solidaria. Durante varios meses venimos consignando en nuestra *Hoja Informativa* cómo los indígenas de aquella comarca están pagando una factura muy alta por la inmisericorde pandemia. Y no porque esta haya sembrado sus poblados de muertes, pues por fortuna los contagios no han sido muy numerosos y los fallecimientos casi nulos. Pero su sola presencia los ha sumido en una hambruna exasperante. Sí ya de por sí viven realizando trabajos esporádicos, en estos meses –debido al cese de actividades– se han visto suscritos a un paro forzoso que, para la mayoría, es sinónimo de total desconsuelo.



Nada mejor que vivir dando la espalda a los problemas

Lo normal es que no se mueran de hambre, pues mientras no les falte el maíz sobreviven. Pero no sin verse minados por un sinfín de enfermedades, cuya causa primera acostumbra a ser la desnutrición. Tal es el motivo por el que Fratista, desde que el coronavirus ha impuesto su ley, no ha cesado de repartirles alimentos. Son ya varios miles las despensas con las que –mes tras mes– tratamos de paliar los estragos de su hambruna. Nos parecía que, con mucho esfuerzo y no



En busca de un punto de apoyo



En uno de los albergues de Tamahú

poca paciencia, bien que mal, se estaba casi controlando la situación. Pues bien, fue entonces cuando –casi sin previo aviso–... ¡se presentó el huracán Eta!

Aunque la prensa aireara su virulencia destructiva, no es lo mismo saberla reportada en los titulares de un periódico, que experimentarla en carne propia. Si alguien lo duda que se lo pregunte a los indígenas del caserío de Quejá, aún traumatizados por aquel

gran deslave que, arrastrando parte de un cerro, cubrió de tierra y piedras a casi la mitad de su aldea, dejando soterradas a numerosas familias. Por más que esta tragedia sacudiera la conciencia nacional,

las unidades de socorro tardaron bastante en llegar, ya que en toda aquella región no hay ni carreteras ni apenas caminos. Por otra parte, la inclemencia climática dificultó las maniobras de los helicópteros.



Yo quiero salvar a mi perrito

Por eso, al llegar las ayudas, solo se pudieron extraer algunos cadáveres, quedando el resto (más de un centenar) sepultados en aquel improvisado camposanto.

Si bien no he podido presenciar en estos días el caos provocado por el Eta, él trajo de inmediato a mi mente el recuerdo del huracán Stan que hace poco más de 15 años (4 de octubre 2005) asoló también las tierras guatemaltecas. Se cebó sobre todo en el departamento de Sololá, donde ya entonces repartíamos alimentos entre los indígenas más desnutridos. Me quedó muy grabada la tragedia de Panabaj, una aldea muy cercana a

Santiago Atitlán que tantas veces hemos recorrido. Panabaj estaba recostada en la falda del volcán Tolimán. Este, sacudido por el ímpetu de los vientos y las lluvias torrenciales,

no pudo impedir que una parte de la montaña se desprendiera en plena noche, sepultando bajo cuatro metros de lodo a quienes dormían en aquel infortunado caserío. Fueron centenares las víctimas.



El P. Denis, repartiendo sacos de comida

Tengo aún fresco en mi mente cómo, un par de días después, se personó en el lugar de la tragedia el entonces presidente de la república, Oscar Berger, para sacarse la foto, mientras –en un discurso cargado de unción– se comprometía a «reconstruir» cuanto antes el desaparecido poblado. En la misma línea se expresaron Rigoberta Menchú y otra retahíla de líderes, cuyas orondas alocuciones giraban en torno a una «reconstrucción» que –así suele ocurrir– se quedó en simples promesas.

Me causó escalofríos recorrer poco después tan tétrico escenario. En él continuaba mascándose tragedia. Hasta su silencio me hablaba de muerte. Pues bien, han pasado quince años y Panabaj sigue

siendo un enorme cementerio. Únicamente resta pedir a Dios que no ocurra igual con Quejá. Aunque mucho me temo que solo seguirán Prodigándose promesas. Y es que, como bien dice una amiga indígena, «prometer no empobrece».



El reparto de víveres no siempre es fácil

A causa del pandemónium provocado por los aludes y los deslaves, muchos indígenas, abandonando sus precarias chozas, buscaron refugio en lugares supuestamente más seguros. Ello explica que el P. Denis, párroco de Tamahú, casi de repente viera que en su municipio se improvi-

saban cinco albergues para dar en ellos cobijo a unos quinientos aldeanos presos del pánico y el desconcierto. La pregunta no se hizo esperar: ¿Cómo dar de comer a toda esa gente? Ante un panorama tan caótico, Denis tuvo la buena ocurrencia de comunicarse con Fratisa. Y en un santiamén, como por ensalmo, surgieron –de entre nuestros asociados– varias personas que ofrecieron una más que sustan-

ciosa ayuda económica.

Ella nos permitió enviar (en dos remesas) un cuantioso donativo para que el párroco pudiera llenar muchos estómagos. Y lo hizo repartiendo víveres, no solo en los cinco albergues, sino también en los más alejados caseríos donde la furia del Eta había socavado hasta los cimientos mismos del más ancestral conformismo. Al menos hasta la fecha, al P. Denis no le ha llegado ninguna ayuda oficial. Sí que le han apoyado, en cambio, algunas personas amigas. Pero su mayor respaldo lo está recibiendo de Fratisa, gracias a la generosidad de quienes –de forma espontánea– se han brindado a atemperar el poder destructivo de los huracanes.

No se olvide, en efecto, que tras el Eta llegaría el Iota. Está siendo este un año anómalo en lo que concierne a los fenómenos meteorológicos. De hecho, los 21 nombres que anualmente reserva la Organización Meteorológica Mundial, para designar con ellos a los huracanes, quedaron cubiertos hace casi dos meses. Ello requirió –así está ya previsto– recurrir a las letras del alfabeto griego para nombrar a los que, contra todo pronóstico, han seguido formándose. La época de los huracanes acostumbra a terminar en el mes de octubre. Este año, sin embargo, noviembre ha sido aún escenario de varios.

Durante algunos días las comunidades de la Verapaz estuvieron en vilo, pues el Iota amenazaba con sembrar de nuevo el pánico en su territorio. Por fortuna para ellas, se desvió hacia El Salvador, adentrándose después en el Pacífico. Nuestros indígenas pudieron trocar, pues, su zozobra en simple recelo. Y hoy es el día en el que aún no lo han logrado ahuyentar. Aunque parezca un contrasentido, no lo es. Cierto que no han sufrido los embates del segundo ciclón. Mas no por ello se han quedado sin su tarjeta de visita. Les ha agraciado, en efecto, con tal cantidad de lluvias que estas han seguido remojando las tierras, con el lógico riesgo de derrumbes.



La orografía de aquella región es tan exuberante como abrupta. Las aldeas suelen asentarse en la ladera de alguna montaña. Por eso, si las tierras se saturan de agua, amenazan de inmediato los aludes, casi siempre portadores de catástrofes. Así ha ocurrido hace unos días en un caserío perteneciente a Purulhá (Baja Verapaz). La comunidad del Carmen se halla bastante alejada de la población. Para llegar hasta ella hay que viajar dos horas en vehículo y caminar otras tres. Por tal motivo Denis se vio forzado a dejar sus ayudas en la parroquia de Purulhá para que desde ella fueran trasladadas al caserío. No siempre resulta fácil personarse en los escenarios donde más apremia la ayuda.



Otro caserío del mismo municipio protagonizó una historia similar a la de Quejá, pues varias viviendas fueron engullidas por un cerro que, al desplomarse, soterró a sus moradores. Nueva tragedia, nuevo caos, nuevo aquelarre. Quedando estas aldeas casi contiguas a Tamahú, huelga añadir que el P.

Denis encaminó de inmediato hacia ellas su programa de ayudas. Ofreció su apoyo a los supervivientes, repartiéndoles 500 kilos de arroz y otros tantos de frijol, acompañados con alimentos sólidos y líquidos. Y es que, en casos así, hasta un vaso de agua destila ambrosía.

Quizá lo más indignante sea constatar que, ante tamaña tragedia, no se recibe ninguna ayuda del gobier-

no central. Parece que los ánimos del pueblo están bastante crispados. Van, de hecho, en auge las manifestaciones multitudinarias, exigiendo la dimisión del propio presidente. En este contexto se entiende muy bien el reciente asalto al palacio del congreso con un más que oportuno incendio.

De hecho, la «vox populi» ha tardado muy poco en difundir al respecto que todo habría sido orquestado por la propia cúpula del poder. Algo parecido a lo que ocurriera con Nerón y su ignominioso incendio de Roma. Perpetrándolo él, lo usó como pretexto para acusar a los cristianos. ¿Es posible que algo así acontezca hoy en Guatemala? Lo cierto es, en todo caso, que los afectados por el huracán solo reciben de los poderosos soflamas con muy buenas palabras. A decir de Denis, la comarca más castigada por el Eta se sabe forzada a lanzar, desde su postración, puros gritos contra las tinieblas. Sus ahogados lamentos topan con un tupido muro de indiferencia.

Quizá por todo ello sea aún más encomiable la generosa respuesta de nuestros benefactores que, amparándose en el anonimato, ofrecen su apoyo económico a cuantos gimen desde su indigencia.

Fratrisa no puede quedarse impávida ante tanto sufrimiento. Se lo impide su forma de entender el mensaje evangélico.

Ayuda humanitaria - Noviembre 2020

Raúl Leal

Es sabido que un alto porcentaje de nuestros indígenas serranos vive en extrema pobreza. Por ello nuestro programa de ayuda alimentaria tiene el éxito garantizado. Obviamente, la necesidad se ha ido agudizando durante el tiempo de pandemia. Pero este mes de noviembre ha sido excepcional. Por eso, tras ponerme de acuerdo con Fátima, me he animado a repartir más cantidad de comida, pues me bastaba abrir los ojos para comprobar que eran incontables las familias cuya desnutrición no cesaba de acentuarse. Y sin más paso a describir lo que hicimos.

Reparto de víveres

El día convenido, a la hora señalada, las instalaciones de Asumta apenas podían dar cobijo a la cantidad de personas allí convocadas. Si mis cálculos son correctos, se dieron cita 161 representantes de otras tantas familias. Y ello sin contar a la chiquillada que nunca suele faltar en eventos de esta índole. Previa coordinación con Fátima se había decidido aumentar el número de beneficiarios.



En los locales de Asumta, esperando las despensas

Todo se había preparado ya en días anteriores. Ese día fue bendecido como siempre porque todo se hace en nombre de Dios y por supuesto todo sale a la perfección. En despensas había que entregar 32 bolsas por un costo de Q150.00, 22 por un costo Q100.00 y otras 107 por un costo de Q75.00. La distribución de alimentos se hizo acorde con los miembros de cada familia. Yo tenía cierta inquietud el día anterior, en vista que el huracán ya había hecho sus estragos en nuestro municipio, desbordando los ríos y provocando numerosos deslaves con la inevitable destrucción de viviendas, los cortes en la carretera y casi la desaparición de los caminos. Todo ello conllevaba un notable riesgo para nuestros agasajados. Mi inquietud era grande, pues no quería que a nadie le pasara nada. Por fortuna, la mayoría acudió a la cita, por más que el miedo se viera reflejado en sus rostros. Cada cual refería su propia anécdota, con lo

que se fue generando un clima de fraternidad y cercanía. Pero todos anhelaban recibir cuanto antes su despensa para emprender de inmediato el regreso, ya que los vientos soplaban con gran furia mientras el agua no cesaba de seguir cayendo a chorros.

Las de Yuxilhá reciben sus ayudan en el punto del derrumbe



Me apresuré a entregar las despensas para que pudiesen retornar de inmediato a sus hogares. Fueron bastantes los que se refugiaron en unos improvisados albergues, pues temían que sus chozas hubieran volado durante su ausencia. De hecho, la vivienda de Leonardo (Fratista se la construyó poco antes) se había quedado sin techo a causa del vendaval.

Su mujer no pronunciaba palabra, pues la paralizaba el miedo. Solo muy al final osó recoger la ayuda y notificarme que su esposo –por encon-

trarse enfermo– se había quedado en casa. Por su parte, los pancojenses estaban bastante nerviosos. Según me refirieron, el puente por el que debían pasar estaba a punto de colapsar. Por ello habían decidido que sus esposas los esperaran al otro lado y ellos –ya con los víveres– se les unirían para regresar juntos al hogar. Y me consta que así lo hicieron. Por su parte, los beneficiarios de Yuxilhá habían quedado varados por la cantidad de alu-



Siempre complace recibir ayuda
Con la familia de Roberto y Gladys



des caídos sobre la ruta. Al notificármelo, decidí llevarles las despensas hasta el lugar de los derrumbes. Y allí les fueron entregadas.

Tardamos unas cuatro horas en ultimar los repartos. Por fortuna conté con la ayuda de la siempre fiel Francisca (Panchi), de mi empleado Gerson que de antemano había sido advertido, de Giovani y de mi sobrina Naomi, siempre dispuesta a colaborar. Casi todo salió según lo previsto y a los imprevistos se les dio rápida solución.

Casa nº 21: familia Cuc- Maquín

No creo decir nada extraño si afirmo que esta vivienda, aunque su construcción esté ya bastante avanzada, aún no ha podido ser entregada a sus dueños. Y no por desidia, sino por las inclemencias climáticas. Los aguaceros –y más aún sus secuelas– han ralentizado su construcción. Nadie tiene más ansias de verla terminada que sus futuros propietarios, pues se encuentran casi a la intemperie. Es una familia muy querida por mí. Ambos esposos (Roberto y Gladys) viven de la venta de la cal. Aunque los dos son bastantes trabajadores, Roberto arrastra desde hace años adicción al alcohol. He tenido que llamarle varias veces la atención. Y es que además de desatender sus obligaciones familiares, a veces está tendido al borde del camino con el peligro de que algún vehículo lo arrolle. Puesto que de esta

familia ya se ha hablado en otra ocasión (cf. Hoja nº 96, mayo 2020, pp. 5-8), me ahorro el presentarla. Siguen siendo diez en total y su situación no es en absoluto boyante. Por eso, los inscribí hace tiempo como candidatos para una nueva vivienda.

A principios de este mes (en plena efervescencia del Eta), un día que visitaba Panzub me acerqué a saludarlos. Ni Roberto ni Gladys lograban creerse que, mientras el huracán estaba dañándoles seria-



Rosalinda en su antigua chocita

mente su vivienda, yo viniera con ánimo de ofrecerles, no solo las láminas que me habían solicitado, sino también una nueva casita. Gladys era quien mejor me entendía, pues ambos hablamos su idioma materno. Conforme iban saliendo de su asombro y asimilando la buena noticia, no cesaban de darme las gracias. Consideraron mi llegada casi providencial, pues estaban lamentando los destrozos causados por el huracán y de repente yo me presenté para hacerles tan maravillosa oferta.

En su entusiasmo Roberto me confidenció que él, sabiendo que algún día podrían construir una nueva casita, había ido juntando un quintal y medio de piedras, bastante cal y varias varillas de hierro. Supe entonces que las familias de ese caserío acostumbran a construir sus viviendas con calicanto. Con una mezcla de cal y piedras levantan un muro de un metro, colocando encima las tablas de madera. De esta forma, logran guarecerse mejor del frío, sobre todo en las crudas noches de invierno. Panzub, al estar muy alto, tiene un clima casi gélido. Sin el menor problema, llegamos a un pleno acuerdo.

Para mí fue un momento agridulce. Por una parte, me solazaba el júbilo de aquella afortunada pareja. Mas por otra, me entristeció ver cómo algunos vecinos, al saber que yo estaba allí, se acercaron raudos para exponerme que ellos también habían sufrido mucho daño en sus viviendas. Me veían cual si yo fuera la solución de sus penas. Aun comprendiendo sus lamentos, traté de hacerles ver que a todos no podía ofrecerles nueva vivienda. Creo que, a su manera, me entendieron. Mas ello no impidió que yo me sintiera muy triste. Es duro toparse con el infortunio y no poderlo remediar.



Levantando la casa para Rosalinda

Sin pérdida de tiempo nos pusimos a coordinar la compra y el traslado de los materiales. La construcción se haría cuando las tormentas lo permitieran. No resultó fácil echar a andar por más que a Roberto le sobraran ganas. Deseaba dejarlo todo bien amarrado y sin demora. Me propuso derrumbar de antemano su actual casita para después ampliar un poco la base sobre la que se construyera la nueva. Hizo incluso planes para contratar a un albañil que le levantara su calicanto. Siempre me conmueve el entusiasmo de esas pobres gentes cuando se saben

reales. La construcción se haría cuando las tormentas lo permitieran. No resultó fácil echar a andar por más que a Roberto le sobraran ganas. Deseaba dejarlo todo bien amarrado y sin demora. Me propuso derrumbar de antemano su actual casita para después ampliar un poco la base sobre la que se construyera la nueva. Hizo incluso planes para contratar a un albañil que le levantara su calicanto. Siempre me conmueve el entusiasmo de esas pobres gentes cuando se saben

queridas. No están acostumbradas a que nadie se interese por ellas. Parece que no abundan las Fratisas, al menos por aquellos lares.

Se fijó el día en el que se iban a adquirir y trasladar los materiales. Una vez que la maquinaria había despejado la ruta principal, se vio la posibilidad de ponerse en marcha. Todo se compró en Tactic. Como estaba lloviendo bastante, el problema era que se mojara el cemento. Lo envolvimos en unos plásticos y sin más nos encaminamos hacia Panzub. En el punto convenido nos estaba esperando Roberto con una de sus hijas mayores. Y en un pispás aparecieron otras ayudas. Entre todos, llevamos el material hasta su punto de destino. Ya solo faltaba dar comienzo a la obra. Así se hizo unos días después. Y en esas andamos. No hemos podido culminar los trabajos por la inclemencia del tiempo. Pero en pocos días Roberto y Gladys dispondrán de su nueva vivienda. ¡Primero Dios!

Casa nº 22: familia Cauhec

Se trata de una familia tan pobre como especial. Está integrada solo por dos miembros: Rosalinda (35 años) que es madre soltera y su hijo Marvin Alexander (17 años), que tiene problemas de vista y, si bien ha sido operado en más de una ocasión, apenas logra valerse por sí mismo. Viven en un terrenito muy angosto y en una diminuta choza. La mamá se ofrece como mujer para la limpieza y, con lo poco que gana, consigue sobrevivir.

Antes de darle la buena noticia de construirles una mejor vivienda, se determinó que su terreno no estaba acorde con las medidas de las casas ofrecidas por Fratisa (35 metros cuadrados), pues por el costado derecho, muy pegado a su chocita, había un precipicio que nos iba a dificultar la excavación. Se corría



El equipo de trabajadores

el riesgo de provocar un deslave. Y más en estos días, debido a las condiciones climáticas que estábamos pasando. Así se lo manifesté a Rosalinda que lo entendió. Aceptó que se le construyera una casita más pequeña y, con el material ahorrado, se ayudara a Aurora Quej Pa, de Jolomché, la cual me había solicitado apoyo para comprar unas láminas, pues el huracán le había arrancado las suyas.

La construcción no pudo hacerse en la fecha programada, a causa de la lluvia. Esta no permitió que bajaran los pancojenses, con los que

tampoco pude comunicarme por no disponer de cobertura. Hubo que posponerlo para el día siguiente. Y en él sí que se pudo trabajar, aun cuando la lluvia siguiera bastante recia. A las 4:00 horas salieron los pancojenses de su caserío. Y eran ya más de las 7:00 cuando llegaron a Tamahú. Nos pusimos de inmediato manos a la obra, trabajando con ahínco, pues era preciso finalizar en la misma jornada. Lo conseguimos antes que anocheciera y Rosalinda quedó muy agradecida al recibir su nuevo hogar. Durante todo el día no cesó de ofrecernos café y al mediodía recibimos un tazón de caldo como almuerzo. Fue una jornada muy intensa, pues se trabajó con ganas gracias al coraje de mis amigos.

Como agradecimiento, quise regalar unas botas de invierno a los cuatro más necesitados, Entre ellos

tomaron la decisión y este detalle mío les causó mucha satisfacción. Lo mismo que los juguetes que, ejerciendo de papá Noël anticipado, quise regalar a los niños.

Llegado el momento de su retorno, me pareció que se resistían a marcharse. Intuí que algo les ocurría. Y así era, en efecto. Margarita, la esposa de Martín, me manifestó estar aquejada de calambres muy fuertes en una pierna que casi le impedían caminar. Fuimos todos a la farmacia donde le compré un medicamento para combatir sus calambres y el problema quedó zanjado. Se fueron alegres, gastándose chanzas.

Yo de inmediato me apresuré a coordinar los trabajos para complacer a Aurora Quej Pa, de Jolomché. Pero eso queda ya para el informe del próximo mes.

Pastoral de enfermos - Noviembre 2020

Raúl Leal

Me consta que Fátima les ha descrito con detalle los estragos provocados por los dos virulentos huracanes. Sobre todo el Eta ha sido pródigo en causar víctimas mortales. Familias enteras han quedado sepultadas bajo un alud, por lo que alguna aldea se ha visto convertida en un cementerio colectivo. Asimismo, a causa de los interminables aguaceros, fruto del lota, se han anegado la mayoría de los campos, echándose a perder sus sembradíos. Se acusa la pérdida de grandes plantaciones de maíz, el alimento básico para los aldeanos de nuestra región. Al escasear su producción, subirán por fuerza los precios y los campesinos a duras penas podrán comprar lo que tanto precisan para sobrevivir. Mal futuro se nos avecina.

Desde lejos no resulta fácil evaluar el caos



Así han quedado los caminos



Esto era antes un maizal

que generan tales catástrofes. Y más en este mes que han venido dos casi seguidas. Tras el ímpetu destructor del Eta, nos llegaron los aguaceros del lota. ¡Si no quieres caldo, dos tazas! ¿Sobreviviremos? Con la ayuda de Dios, así será. Quienes estamos en el campo, acabamos haciéndonos expertos en infortunios. Por eso, a pesar del caos, hemos continuado con nuestras labores, aun cuando las circunstancias nos hayan forzado a interrumpirlas en más de una ocasión. Ante coyuntura tan delicada, la gota que ha colmado el vaso

ha sido la puñalada traperera de nuestros gobernantes. Aunque con suma brevedad, quiero compartirla, ya que incide de forma cerval en nuestra idiosincrasia guatemalteca.

Contra viento y marea

En nuestro país, gobernar con frecuencia llega a ser sinónimo de robar. Tal es cuando menos el sentir de quienes nos sabemos ciudadanos de a pie. Las circunstancias nos obligan a regularnos por la filosofía del aguante. Y esta no siempre es la mejor, pues va soltando un lastre de amargura que, cuando explota,

se convierte en polvorín. Algo así percibimos que está ocurriendo entre nosotros. Sobre todo, en estos días. Sin apenas tiempo para reponernos de la pandemia y los ciclones, la ciudadanía se ha levantado la pasada semana con la triste noticia de que sus autoridades gubernamentales, sin consultarlo ni notificárselo a nadie, habían decidido aprobar los próximos presupuestos nacionales (2021).

En ellos se aumentaban las asignaciones para unos ministerios no prioritarios y se decidía construir una

nueva sede para el parlamento, sabiendo que la actual era buena hasta que el incendio de hace unos días (¿quién lo provocó?) la destruyó casi por entero. Estas y otras arbitrariedades, donde se favorecía a una élite privilegiada a costa de una mayoría mar-



El parlamento de Guatemala
Yo también quiero cooperar

ginada, han soliviantado de tal modo a la población que las manifestaciones en su contra no han cesado de ir en aumento. En ellas el pueblo clamaba a gritos por priorizar la lucha contra la desnutrición, por un sistema educativo más justo y, sobre todo, por una transparencia que permitiese erradicar la corrupción. Las protestas han sido tan clamorosas que la propia cámara de diputados, por abrumadora mayoría, ha votado derogar esa controvertida ley de presupuestos. Y es que el pueblo cada vez está más harto de



Así se traslada a un discapacitado

corruptelas.

Estas campan por sus fueros en todo el país. Sin excluir, por supuesto, a nuestro querido Tamahú, donde las autoridades regionales nada han hecho por ayudar a quienes se hallan en extrema necesidad. Clama al cielo comprobar que, si bien recibieron copiosas cantidades de víveres, en vez de repartirlos entre los afectados por el ciclón, los mantuvieron guardados durante días para

dárselos después a quienes les place. Ante tanto descaro, las gentes de diversos poblados hicieron saltar las alarmas, invitando a no entregar nada a las autoridades, pues no son en absoluto fiables. Solo las iniciativas privadas ofrecen garantías. Aunque nada de esto resulte novedoso, críspalo constatarlo en un momento tan delicado, donde los de arriba, enrocándose tras su poder, se empeñan en ignorar a los de abajo. Y estos, hartos de soportar injusticias, se lanzan a voz en grito para denunciar tan veleido-

sas tropelías. Resulta indignante saberse en manos de gobiernos corruptos.

Aun estando tan tensa la situación, nuestro programa pastoral con los enfermos ha mantenido su ritmo. Cierto que a veces se ha debido ralentizar porque los deslaves han obstruido los caminos. Pero, en términos generales, la rutina ha seguido, con el consiguiente júbilo de nuestros enfermos y discapacitados.

Efemérides de noviembre

Ha sido un mes bastante duro. No hemos podido ir a Fundabiem con la frecuencia acostumbrada, pues han sido varios los contratiempos. Tras el Eta, la carretera quedó cortada. Ni siquiera de combustible podíamos disponer, ya que la gasolinera fue cerrada por precaución. Hasta el pueblo cercano de Tactic tuve que ir caminando para conseguir gasolina. No es que se encuentre muy lejos, pero el camino se hace más largo cuando –para recorrerlo– solo se dispone de las piernas.

Al reanudarse el tránsito, recobramos de inmediato el ritmo de nuestras terapias, trasladando a nuestros pacientes hasta Fundabiem, siempre con las restricciones recomendadas: uso de mascarilla y frecuentes lavados con gel en alcohol para mantener desinfectadas las manos. También ponemos especial énfasis



Viniendo a pie desde Tactic con unas latas de combustible

en guardar el distanciamiento social. Durante estos últimos días ha sido muy bien recibida la participación de nuestros pacientes en la actividad del Teletón, cifrada en recaudar fondos para mejorar las instalaciones sanitarias. Es una actividad anual en la que siempre participamos.

En esos mismos días se ha incorporado a las terapias el señor Víctor Pacay, padre de nuestra contadora. Sufrió un corte profundo en su mano derecha mientras manejaba una motosierra, requiriendo una serie de curaciones que está recibiendo en nuestro centro de terapias (Cobán). Aproveché uno de nuestros viajes

a la ciudad para comprar tanto los medicamentos de los epilépticos como los botes de leche pediátrica con la que atendemos a una clientela que no cesa de aumentar. Sabemos que brindar leche Nan una mamá acaba con frecuencia siendo sinónimo de salvar la vida de su bebé.

Hace ya un par de semanas, a través de la doctora pediatra Ilse Morales, tuve conocimiento que a la niña Ana Gabriela Quej (1 año) estaban a punto de darla de alta en el Centro de Recuperación de Niños Desnutridos. En él había sido hospitalizada unos diez días antes, por presentar un cuadro muy avanzado de desnutrición. También estaba aquejada por una infección intestinal muy severa, debida a la ingestión de unas supuestas golosinas que se encontraban en mal estado. Al menos tal era la versión oficial. Lo cierto es que, si nos descuidamos un poco más, se nos muere la pequeña.

Nuestra gente de campo, en casos como este, suele actuar con enervante parsimonia. Así lo exige su protocolo cultural. En un primer momento, se le aplican toda clase de remedios caseros. Si estos no surten efecto (suele ocurrir), la paciente es llevada hasta el templo (son evangélicos) donde toda la comunidad se sume en oración, a la espera de que sane. Si tampoco les acompaña el éxito, entonces – ¡solo entonces!– les pasa por la cabeza que los médicos están para ofrecer ayuda a sus pacientes. Y como postrer recurso, deciden llevarla a un hospital. Es un ritual bastante complejo que, a cuantos no compartimos su cultura, tiende a sacarnos de quicio. Pero las cosas son como son y no como quisiéramos que fueran.

En uno de mis viajes a Cobán, bajo orden expresa del médico, trasladé a la señora Josefina Bol Xol hasta el laboratorio de Tecniscán, para que se le realizara un examen de ultrasonido pélvico. Ella misma, unos días antes, me había solicitado ayuda para ello, en vista que tiene cuatro niños de corta edad. Y, al ser madre soltera, no cuenta con dinero para trasladarse a un centro médico y mucho menos para adentrarse en su laboratorio. Fratisa le proporcionó con todo gusto su ayuda.

Algo parecido ocurrió con el joven Bayron Estuardo Mac Pacay (14 años), de la aldea de Yuxilhá. Se presentó con su madre compartiéndome que el médico del Centro de Salud les había dado un volante para que fueran a hacerse en el laboratorio de Cobán unos exámenes de Rayos-X (tórax) y un electrocardiograma. Al ser su costo algo elevado, hablé con la trabajadora social quien nos consiguió un buen descuento. Con eso y todo, no resultó barata la diligencia. Sin embargo, por ser madre soltera también con cuatro niños, se le costó con todo gusto la gestión. Se daba además la coincidencia de que ambos me habían sido recomendados por las Hermanas. Y eso siempre es un punto a su favor.

Durante el mes de noviembre, se hizo también un encefalograma a la señora Vilma Coy Ichich (30 años), aquejada de crisis epilépticas. Espero que podamos seguir ayudándola, aunque solo sea con medicamentos. Tampoco olvido el caso del joven César Amílcar Quejá Caal, a quien ingresé en el hospital por diversas complicaciones de una úlcera. Me dio gusto saber que, tras varios días en observación, fue regresado a su domicilio en una ambulancia del propio nosocomio.

Hace apenas unos días que falleció Dolores Quej, a quien le habían amputado en dos ocasiones la misma pierna, por padecer de pie diabético. Fratisa llevaba tiempo proporcionándole medicamentos y pañales desechables. Tuvo un final lamentable por no soportar las cirugías y también por padecer de diabetes. A decir de sus hijos, lo pasó bastante mal en sus últimos días, pero ellos poco pudieron hacer por aliviarla, pues las restricciones de la pandemia les impidieron ofrecerle lo que hubieran deseado. Sin embargo, falleció expresando en más de una ocasión su agradecimiento a las atenciones recibidas de Fratisa.

Debido al covid-19 no siempre pude llevar a todos los pacientes a sus terapias. Por eso, en mis escasos ratos de ocio, decidí prodigar las visitas domiciliarias. Fueron las siguientes: a unas familias de Pancoj, a Fidel y Aurora de Jolomché, a varias familias de Yuxilhá, afectadas muy de cerca por el Eta, a la familia de Roberto en Pazub, a la de Aurora en Yuxilhá y a la de Rosalinda en Panhorna.

Para hacerse una idea más cabal de nuestro trasiego de enfermos y discapacitados durante el mes de noviembre, lo sintetizo en el siguiente recuadro:



DESCRIPCIÓN	TOTAL	ESPECIFICACIÓN
Discapacitados	12	Asisten a Fundabiem
Epilépticos	10	Se les compró la medicina
Neurología	01	Examen de encefalograma
Exámenes de laboratorio	03	Josefina Bol y Bayron Mac
Traslado de pacientes a hospitales	02	Carlos y nuera de Don Antonio
Leche pediátrica	09	Niños
Extracción de piezas dentales	02	Dos pacientes
Enfermos – pago de recetas	13	Pacientes con receta

Otros	01	Atención médica
Niños en extrema desnutrición	01	Ana Gabriela Quejá

Tañendo la campana

EMILIO ÁLVAREZ FRÍAS

Pocas actividades hay tan atractivas como el brujular por los más perdidos rincones de España. Siempre se encuentra en ellos algún lugar digno de hacer un alto en el camino, admirar el pequeño o gran monumento con el que nos enfrentamos, degustarle buscando sus antecedentes y su historia. En esta ocasión, como de casualidad, llegamos a Obona, lugar del



concejo de Tineo, Asturias, al Monasterio de Santa María la Real, que fue de la orden benedictina, hoy en ruinas salvo la iglesia. Está declarado Monumento Nacional el 14 de mayo de 1982. Construido en el siglo XIII, en estilo románico, con parámetros del Cister, se cree que está levantado sobre un primitivo templo fundado por el príncipe Adalgaster en 780. En sus tiempos más notorios se impartía latín, filosofía y teología. Incluso en él se sitúa la más antigua referencia a la sidra. Fue lugar de paso y descanso de los peregrinos camino de Compostela y hay antecedentes de que Alfonso IX firmó documentos durante sus estancias en el monasterio. Hoy, como decimos, únicamente se mantiene en buen estado la iglesia, pues el monasterio fue derruido manteniéndose en pie únicamente parte del claustro.

Hoy, como decimos, únicamente se mantiene en buen estado la iglesia, pues el monasterio fue derruido manteniéndose en pie únicamente parte del claustro.

Nada mejor que recluirnos en este resto de un monasterio que los hombres no supieron conservar. ¡Qué dejados somos! Como también lo somos para nuestros semejantes. Cuando ocurren tragedias como las que por Tamahú causaron los huracanes Eta e Iota, nos olvidamos de nuestros hermanos y los dejamos a la intemperie; y si hacemos una demostración y manifestamos un firme propósito de ayudarlos a salir de su desventura, a la vuelta de la esquina se nos olvida porque hay otros temas que nos interesan más y en ellos empleamos nuestros esfuerzos, y a ellos dedicamos toda nuestra atención. Eso lo vemos respecto a Tamahú en estos momentos porque nos ponen al día tanto Fátima como Raúl, pero nos hace pensar qué habrá sido de quienes en España, hace meses, sufrieron enormes riadas que también dejaron a muchos compatriotas a la intemperie o arrastraron todo lo que habían conseguido tras años de trabajo y sacrificio. Tememos que también se encontrarán desamparados, sorprendidos, esperando que quienes les prometieron cumplan con su compromiso. Cosa que se irá perdiendo en el olvido día tras día.

Por unos y otros, en la iglesia de Santa María la Real, trayendo a nuestra memoria a quienes poblaron aquel cenobio y fueron capaces de enseñar desde sus muros filosofía, latín y teología, cantamos el padrenuestro cogidos de la mano mientras repicaban las modestas campanas que le dan vida mientras, con imaginación, nos trasladábamos a otros tiempos en los que se escucharía por aquellos contornos el canto de las horas en gregoriano.

Si quieres hacer una aportación periódica, te sugerimos nos envíes el boletín adjunto, una vez relleno con tus instrucciones, y Fratisa enviará un recibo contra tu cuenta corriente con la periodicidad e importe que nos indiques.

Nombre _____ Teléfono fijo _____
Móvil _____ Fax _____ Correo-e _____

Dirección _____ n° _____ Piso _____
Localidad _____ CP _____ Provincia _____

Cuota de socio _____ € (mínimo 10 € mes)

N° de cuenta Iban: ES _____ . _____ . _____ . _____

Cuota: Mensual; Trimestral; Semestral; Anual; donativo único

Titular de la cuenta _____

**También puedes hacer tu donación ingresando en la cuenta abierta a nombre
de Fratisa en Deutsche Bank, Bravo Murillo 359, de Madrid
Iban ES27.0019.0353.5440.1004.1772**